

DÍA 35

**PERMITE QUE DIOS
HAGA LO QUE TÚ NO
PUEDES HACER**

Cuando la soledad te abruma o te entristece y te hace sentir que hay algo de errado en ti, es inútil que te aferres a alguien que te va a usar como un objeto, haciéndote sentir aún más triste y más sola.

Yo podría haber respondido esta carta diciéndole a la chica que ponga un punto final a esa situación porque esa no es la voluntad de Dios, pero sé que Dios no es un ser egoísta que solo está preocupado en que sus hijos le obedezcan, sino que Él es un padre amoroso que desea su bienestar. Entonces la aconsejé que separe, cada día, un tiempo para Dios, y que le cuente al Señor todo lo que ella me dice en la carta.

Hacer eso es someterse a Dios. Esa actitud significa reconocer la propia incapacidad, y permitir que Dios haga por nosotros lo que no podemos hacer por nuestras propias fuerzas. Arrodillarse y hablar de esa manera con Dios es decirle "Tómame ¡oh, Señor! como enteramente tuyo".

PONGO TODOS MIS PLANES A TUS PIES

De ese modo práctico es como uno somete la voluntad a Dios. No es una experiencia teórica, saturada de palabras bellas, sino colocar los



“Someterse a Dios significa llorar a sus pies y contarle lo que vas a hacer, aunque lo que tengas planeado sea tan horrible que no te atrevas a contárselo al Señor”.

planes a Dios. Tampoco es concentrar los esfuerzos humanos y luchar con las propias fuerzas para vencer la tentación. Someterse a Dios significa llorar a sus pies y contarle lo que vas a hacer, aunque lo que tengas planeado sea tan horrible que no te atrevas a contárselo al Señor.

Cuando tú colocas tus planes en las manos de Dios, cuando le dices todo lo que tu mente rebelde está pensando hacer, sucede algo indescriptible. Tu pobre voluntad humana se une a la poderosa voluntad divina, y con esa nueva

voluntad llamada voluntad santificada, eres capaz de derrotar a cualquier legión del mal.

SOMETER LA VOLUNTAD A DIOS ES DECIRLE: ÚSAME HOY EN TU SERVICIO

Monte Olivo es una pequeña ciudad en el interior del estado de Carolina del Norte; una ciudad sin mucho atractivo, simple, llena de sembríos de frijoles y tabaco. En este pequeño municipio existe una iglesia hispana formada mayormente por guatemaltecos, gente también simple, pero de un corazón del tamaño del mundo.

El otro día almorcé en la casa de uno de ellos y me contó la historia de su conversión. Antes de conocer a Jesús, aquel joven valeroso ganaba 300 dólares por semana, y con eso mantenía a la esposa y a los dos pequeños hijos; es decir, intentaba mantenerlos, porque lo que recibía por su trabajo, además de ser una pequeña cantidad de dinero, era desperdiciado con los amigos y la bebida.

Un domingo llegó a casa al anochecer. Había recibido su pago el viernes de tarde y se había puesto a beber con los amigos hasta el domingo. El lunes

de mañana despertó para ir al trabajo, pero tenía el cuerpo adolorido, el sabor amargo de la derrota en la boca y la resaca sacudiéndole el alma. Al salir de casa notó que los hijos y la esposa no tenían qué comer. La esposa simplemente lo miraba y no decía nada, estaba ahí en un rincón de la sala, como si se sintiera resignada a esa triste situación. Los niños pequeños lo observaban asustados, como a una persona extraña que nada tenía que ver con ellos.



“La esposa simplemente lo miraba y no decía nada, estaba ahí en un rincón de la sala, como si sintiera resignada”.

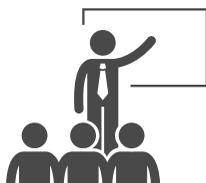
—Pastor —me dijo aquel hombre con los ojos llenos de lágrimas— no pude resistir contemplar a mi familia en ese estado. Sentí como un puñal clavado en mis carnes. ¿Qué estaba haciendo yo con esa mujer y con esos niños? Salí de mi casa como un loco, corrí por las calles de la ciudad, entré a una iglesia y me entregué a Jesús. Caí arrodillado y, sin levantar los ojos al cielo, le dije en mi corazón: “Señor, ya no quiero más vivir yo. Toma el control de mi vida, vive en mí, porque yo no sé vivir”. Ese día llegué tarde al trabajo, pero mi vida cambió definitivamente. Dios obró un milagro en mi vida.

Almorcé con aquella linda familia. Era un hogar feliz. Los ojitos de los niños brillaban de emoción, miraban a su padre como si fuese un gran héroe; la esposa también lo contemplaba con ojos llenos de amor y admiración. Y yo, a un lado de la mesa sentía el corazón apretado al ver un milagro más, realizado por Jesús.

Después me fui andando, pensando en la vida. Levanté los ojos al cielo y me pareció ver el rostro de Jesús preguntándome: “¿Crees que valió la pena que yo haya muerto en la cruz?”. Nada dije. Apenas sonreí y continué andando. A lo largo de mi vida he visto tantos milagros como este. ¿Qué puede hacer el ser humano delante de ese poder? Nada, a no ser aceptarlo y someterse a Él.

LA ARMADURA DE DIOS

La oración del guatemalteco de Monte Olivo es parte del sometimiento a la voluntad de Dios. No es una experiencia que se alcanza de una hora a otra, es algo que se construye paso a paso. La Sierva de Dios dice: “Como la flor se vuelve hacia el sol para que los brillantes rayos le ayuden a perfeccionar su belleza y simetría, así debemos volvernos hacia el Sol de justicia, a fin de que la luz celestial brille sobre nosotros y nuestro carácter se transforme a la imagen de Cristo”. (El Camino a Cristo, pág. 69)



ACTIVIDADES DEL DÍA

Hoy aprendiste que someterse a Dios significa llorar a sus pies y contarle todo lo que piensas hacer. Por lo tanto:

1. Aunque lo que tengas planeado hacer hoy, no sea necesariamente una cosa buena, en tu lugar de oración, cae de rodillas delante de Jesús y pasa 30 minutos a solas con él.
2. Dile a Jesús: “Ya no quiero vivir más yo. Señor toma el control de mi vida: por favor, vive en mí”. Si sientes ganar de llorar, llora por las inmundicias que hay en tu corazón.
3. Cuéntale a Jesús “todos” tus planes, aun los planes malos que piensas realizar hoy y dile: “Aquí está mi pobre voluntad humana, ¡tómala y únela a tu poderosa voluntad divina”. Si lo haces con total sinceridad verás grandes milagros en tu vida.